

UN "ERROR COMÚN": LA ANTIPERÍSTASIS. EN TORNO A UNA CARTA INÉDITA DE FEIJOO AL P. AGUSTÍN ABAD, S.J.

por

MICHEL DUBUIS

*A D. José Caso, recordando a nuestro común
amigo, ausente ya, Joël Saugnieux.*

Entre los papeles de jesuitas conservados en la Real Academia de la Historia, concretamente en un legajo de *Papeles del P. Larramendi* (sig. 9-32-3 7282, leg. 62), tiene el investigador la grata sorpresa de topar con un atadito titulado "Del P. Feijoo i otras de otro Benito Feijoo" (atado D). Además de tres cartas de un tal Benito Feijoo a su hermano, el P. Felipe Feijoo (1), se encuentran en él una carta de Fr. Benito Jerónimo Feijoo y una corta descripción de su persona; ambas llevan en el ángulo izquierdo, en lo alto, las indicaciones respectivas: "P. Rector. N. 3" y "P. Rector. N. 2".

El retrato del P. Feijoo ya lo publicó Jesús Castañón (2), aunque sin comentarlo; merecería compararse con el de la noticia que acompaña al sermón de exequias de Feijoo pronunciado por el P. Urría y con reproducciones de sus retratos conocidos y de su mascarilla mortuoria (3). El destinada-

(1) Fechadas en 1750, 1751 y 1753, la última en Santiago, las otras dos en "Fonseca", tal vez el Colegio de ese nombre en Santiago, de no tratarse del Colegio Mayor de Fonseca en Salamanca. Vienen señaladas las tres con los números 282, 304 y 315 en la *Bibliografía de Caso González y Cerra Suárez* (Oviedo, Cátedra Feijoo, 1981), indebidamente en mi opinión.

(2) Jesús CASTAÑÓN, "Tres cartas y un retrato", *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, núm. 60 (1967), págs. 177-178.

(3) Véanse las láminas anejas a Ramón OTERO TÚÑEZ, "Iconografía del Padre Feijoo. Esculturas", en *El Padre Feijoo y su siglo, Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, 18-III, Oviedo, 1966, págs. 551-559.

rio debió de ser Hubert Dumandré, desde 1754 director honorario de los estudios de escultura en la Academia de San Fernando, pero nada contienen esos apuntes que señale para qué fin se redactaron y eso quedaría por determinar o adivinar.

En cuanto a la carta, iba dirigida a un jesuita, el P. Agustín Abad. No aparece en la *Bibliografía* de Caso y Cerra y por tanto me atreveré a reproducirla ahora, esbozando luego algunos de los caminos de investigación que podría abrir su comentario. He aquí su texto, en el que se suplen entre paréntesis algunos elementos abreviados por el amanuense.

"Rmo. Pe. Mro.- Mi Dueño: La de V. Rma recibí el 31. de el passado y pensando yo en dar la respuesta el sig(uien)te 1º de Nov(iembr)e, no pude ejecutarlo por haverme sorprendido la noche intermedia un Vahido, que me lo impidió, especie de accidentillos, que ha m(ucho)s a(ño)s que conozco, aunque no muy repetidos ni mui frecuentes. Me alegro de que VRma hiciese su viage con felicidad (,) lo que debió en gran parte a la elección de el t(iem)po oportuno, el que faltó enteram(en)te a los Señores Intendentes, que segun se ha savido aquí padecieron bastante en la altura de Pajares por la furia de el Viento que reinó entonzes. Solo mi S^{ra} D^a Ana sufría con gusto tan recio temporal, esperando que el ímpetu de el Viento en medio quarto de hora la volviese a Oviedo. Deseo que todos esos Señores gozen mui buena salud y VRma suplico les espese este mi buen deseo, juntamente con el de servirles en quanto me ordenen, tomando VRma para sí la buena parte que le toca.

"Al Mro Moreyras y de más Compañeros participé la afectuosa memoria que a VRma deben. Quando VRma escriba al P^e Codorniu sirvasse de expresarle el cordial affecto que professo a su amable y respetable persona, avisando que recibí su carta y papel adjunto, que ciertamente está mui gracioso. Nro S^{or} g^o a VRma ms. as. Oviedo y Noviembre 8 de 1758.

"B.l.m. de V. Rma Su más affecto serv(id)or y capellán Fr. Benito Feijoo.- Rmo Pe Agustín Ab(a)d mi dueño y señor.

"Escrita esta recibí las conclusiones de Calathayud, y carta a fr. Joseph, las que me gustaron mucho y me holgara ver puestas por acá n(uest)ras escuelas en tan buena disposicion. Temo que en la prueba que se toma, de el thermometro florentino para la antiperistasis se haya padecido alguna equivocación atribuyendo a esta causa lo que es efecto de otra mui diferente, como en efecto el P^e Losada se equivocó en la prueba que tomó para lo mismo de la experiencia de la Caverna de Besanzon.

"Rmo. P^e.- Estimo como devo los favores que VRma haze a mi persona en acordarse de ella, toda y con todo affecto esta p(ar)a servir a VRma en quanto pueda y me mande.- Blm de Vrma su más af(ec)to servid(o)r fr. J(ose)ph de Sta María".

La única parte autógrafa de esta carta son la firma y rúbrica y las dos líneas de saluciones que la preceden. Parece lícito suponer que Fr. José de Santa María, por el nombre, sería un lego benedictino que le servía de amanuense al P. Feijoo y que la carta es, pues, de su letra.

A los ochenta y dos años pone Feijoo alguna coquetería en despreciar aquellos "accidentillos" que padece, dejando entender que no le afectan sino raras veces. No nos cumple la interpretación clínica de aquel "vahido" que tal vez hubiese interesado a Marañón. El mismo biógrafo, en su conferencia sobre "los amigos del P. Feijoo" (4), nombró en realidad sólo dos de ellos. Más numerosos fueron los corresponsales y visitantes de su celda, ocasionales o regulares, con quienes entretuvo algún trato amistoso. Por sus obras y bibliografía andan desperdigadas varias menciones de corresponsales o tertulios suyos y no carecería de interés intentar un recuento sistemático de ellos. Por su personalidad intelectual, o literaria como dirían entonces, y no sólo por los honores de consejero de Castilla que gozó desde 1754, atraería a los altos funcionarios residentes en Oviedo, entre ellos a un regente de la Audiencia, D. Isidoro Gil de Jaz, y a un ministro de la misma, D. Manuel Sánchez Salvador, probablemente cultos o eruditos, pues asoman en sus obras por haberle prestado, el primero, volúmenes de la *España Sagrada* de Flórez, el segundo, una traducción de obras del obispo de Soissons, Languet (5). A éstos se suman pues aquel intendente y su esposa doña Ana, cuya identidad queda por determinar.

En cuanto al P. M. Fr. Gregorio Moreyras, a quien nombra Feijoo entre sus "compañeros", era un monje benedictino, catedrático de Santo Tomás en la universidad de Oviedo y había sido nombrado abad del colegio y monasterio de San Vicente de Oviedo, donde residía Feijoo, en el capítulo general de la Congregación de Valladolid en 1749. El mismo año figura entre los aprobantes de la *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, réplica en dos tomos a las *Reflexiones crítico-apologéticas* de Soto y Marne; en 1750, por orden del Padre general de su congregación, Fr. Íñigo Ferreras, había aprobado el tomo III de *Cartas eruditas*: le dejarían a Feijoo sus superiores elegir o proponer como aprobantes a próximos suyos.

Si llegamos ahora al destinatario de esta carta, el P. Agustín Abad, hemos de ver en él un admirador de Feijoo exterior a Oviedo y a la orden benedictina. Era en efecto jesuita y de la provincia de Aragón; por tanto

(4) En *Vida e historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1954 (7ª ed., "Col. Austral"). Se trata de Casal y Sarmiento. Delpy evoca a los amigos que se reunían en la celda de Feijoo, pero sólo evoca a Casal, al médico Sullivan y al cirujano Juan de Elgar (*L'Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijoo (1725-1760)*, París, Hachette, 1936, págs. 26-31). Unos quince amigos o visitantes de Feijoo en sus últimos años vienen nombrados en Fermín CANELLA Y SECADES, "El P. Feijoo en Oviedo", en *El Padre Feijoo y su siglo*, t. III, p. 672.

(5) *Cartas eruditas*, t. III, 1750, cª XXXV y *Justa repulsa*, 1749, Reflexión IV, § VIII.

parece algo inesperado el viaje o la estancia en Oviedo que varios detalles de esta carta pueden inducir a imaginar. En 1758 tenía cuarenta y cuatro años y desde el año anterior era rector del Colegio de Nobles de Calatayud, donde había enseñado artes, filosofía y teología (6). Publicó poco, y casi sólo obras de devoción, pero dejó manuscritos unos escritos filosóficos y un *Norte moral en el estudio de las ciencias humanas, con crítica de ellas...* Pertenecía a una generación cuya adolescencia y juventud habían coincidido con la publicación del *Teatro crítico universal*. Feijoo figuraría en el panorama de sus años de formación, rozándose su enseñanza con la de sus maestros de filosofía, más marcada por el aristotelismo escolástico.

Más espacio sería necesario para recordar y comentar las relaciones literarias entre Feijoo y otro admirador suyo jesuita, el P. Antonio Codorniu (1699-1770), orador y profesor, autor de unas *Dolencias de la crítica* (Gerona, 1760), dedicadas al autor del *Teatro crítico*. No es sorprendente que se carteara con Feijoo, quien dedicó una *carta erudita* (la carta XXIX del tomo III, 1750) a su *Índice de la filosofía moral cristianopolítica* (Gerona, 1746). Difícil es imaginar cuál sería el "papel adjunto" a su carta al que alude Feijoo al final de la suya y por tanto iremos derechamente a la posdata, en la que da las gracias al P. Abad por el envío de unas "Conclusiones de Calatayud".

Debe de tratarse de un impreso que Uriarte presenta con el título de *Prolusio ad theses philosophicas, quas sub auspiciis Exc^{mi} Ducis Albani propugnabat in Theatro Majore Collegii Bilbilitani Soc. Jesu, D. Josephus de Yoldi, et Vidania, Regii ejusdem Soc. Seminarii alumnus* (7). Se atribuye este folleto al P. Antonio Crispín Poyanos y Zapater, zaragozano, que enseñó en su ciudad natal retórica, filosofía y teología (8) y por lo visto enseñaría, por esos años, también filosofía en el Colegio o Seminario de Nobles de Calatayud. El P. Bartolomé Pou, erudito y hombre con inquietudes intelectuales, que había sido discípulo de Finestres en Cervera y fue destinado en Calatayud en 1760, alaba la elegancia de estilo del P. Poyanos y pretende que aquellas conclusiones le habían hecho célebre. La "buena disposición" que apreciaba Feijoo en su enseñanza sería efecto de una mente abierta a la ciencia experimental y es un indicio más de la existencia en aquel colegio de

(6) DE BACKER, CARAYON, SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, t. I, Bruxelles, 1890 (reimpr. Gregg Associates, 1960). V. tb. MIGUEL BATLLORI, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos, 1966, pág. 476.

(7) P. J. Eugenio URIARTE, *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia de España*, Madrid, 1904-1905, t. II, p. 64 a, núm. 1700. Es un folleto en folio menor de once páginas y dos hojas impreso en Valencia por José Tomás Lucas. También lo trae PALAU Y DULCET, *Índice del librero hispano-americano*, núm. 238687. La fecha de redacción, según el P. Pou, es 1756.

(8) Según SOMMERVOGEL, *Bibliothèque...*, t. VI, col. 1134-1135, nació en Zaragoza en 1722, fue rector del Seminario de Nobles de Madrid y murió en Italia en 1794.

unas tendencias filosóficas renovadoras (9). El envío a Feijoo de esas "Conclusiones" sería un homenaje al propugnador de la física moderna experimental (no nos olvidemos que la física era parte de la enseñanza de la filosofía).

Por lo visto, trataba el P. Poyanos de una como piedra de toque de la adhesión a la física experimental: la antiperístasis, un pretendido fenómeno físico al que Feijoo había dedicado el discurso XIII del tomo II del *Teatro crítico universal* (1728). *Antiperístasis* es voz compuesta con raíces griegas y que "vale lo mismo", explicaba, "que circumobsesión u obsesión del contrario"; en efecto, se creía que "las cualidades contrarias crecen en intensidad cuando está cada una cerca de su enemiga, y así el cuerpo frío se enfría más, si está sitiado de algún cuerpo caliente, como el cuerpo caliente se calienta más, si está sitiado de algún cuerpo frío". Demuestra Feijoo que es una mera impresión, y para ello se vale del termómetro, pues "jamás miente el termómetro en el informe de los grados de frío y calor", comenta con fe inquebrantable en el instrumento de medición, un arma fundamental de la investigación científica moderna (10). Alude aquí a una cueva del Franco Condado, mirada como buen ejemplo de antiperístasis, pues "el agua que entra en ella está helada en el estío y en el invierno deshelada"; pero un profesor de la Universidad de Besançon explica el fenómeno como efecto de una sal nitrosa y Feijoo no omite completar la información de sus lectores dando cuenta de ello en el *Suplemento del Teatro crítico* (1741) (11).

Entre la publicación del tomo II del *Teatro crítico* (1728) y la del *Suplemento* medió la aparición del segundo y del tercer tomos del *Cursus philosophicus* del P. Luis de Losada, jesuita (1698-1748), publicado en Salamanca en tres volúmenes (1724, 1730, 1735). Poco después de la publicación del tercer volumen tuvo conocimiento Feijoo de la obra del P. Losada, si nos fiamos en el "Apéndice al discurso sobre la física" que sigue a su discurso de "Lo que sobra y falta en la física" (*T.c.u.*, t. VII, 1736, disc. XIII) y es claro testimonio de la buena opinión que tenía del libro, del autor y de la Compañía. En su opinión, lo que distingue el curso de filosofía del P. Losada entre la producción universitaria de su tiempo es su modernidad: "Habiéndome quejado del desprecio con que en España se miran las novedades filosóficas

(9) IGNACIO CASANOVAS, *La cultura catalana en el siglo XVIII*, Barcelona, Balmes, 1953, págs. 150-151. BATLLORI, *op. cit.*, pág. 485 (sobre el P. Pou) y pág. 548 (sobre su compañero el P. Generés).

(10) FEJOO, "Del antiperístasis", *T.c.u.*, t. II, disc. 13 (*B.A.E.*, t. 141, pág. 201). Sobre Feijoo y el termómetro, v. GREGORIO MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, Madrid, España-Calpe, 4ª ed., 1962, págs. 58-60. En cuanto al "termómetro florentino", como dice la carta al P. Abad, ténganse en cuenta los estudios de termometría que se realizaron en Florencia, en la Academia de Cimento, fundada en 1657 por el Gran Duque Fernando. Los inventores del termómetro, Galileo y su discípulo Sanctorius, residieron en Florencia (el último, como profesor de medicina, a partir de 1609).

(11) BAE, t. CXLI, pág. 203b, n. 1.

de los extranjeros, debo a la justicia advertir que el curso del Rev^{mo} P. M^{ro} Losada no está comprendido en esta nota", señala. Además, frente a la indiferencia o al desprecio de la Universidad por el latín clásico, se distingue al P. Losada por la elegancia de su estilo: "Mas lo que sobre todo me admira, es una cosa que hasta ahora a todos pareció impracticable, o a lo menos, por arduísima nadie hasta ahora osó o acertó a practicarla, que es escribir todo su curso filosófico escolástico con una pura y bella latinidad" (12).

Con todo, como filósofo ecléctico, deseoso de enjuiciar con equidad los sistemas modernos aprovechando lo que en ellos le parece más útil, y a pesar de las reservas que le inspira la filosofía de Gassendi, Feijoo considera a Losada algo severo con los corpuscularistas; en cambio, observa con satisfacción que "con generosa mano abre la puerta del aula española al mérito de la experimental filosofía". Un punto que atrae su atención es que Losada "niega la antiperístasis propiamente tal". En una frase se resume su aprecio global: "El método, la agudeza, la claridad, la fuerza, la solidez, todo en ella es grande, todo excelente" (13).

A pesar de los elogios que se le tributan en el *Teatro crítico*, los párrafos que el P. Losada dedica a la antiperístasis en su *Cursus philosophicus* (14) subrayan por contraste la modernidad de Feijoo. Saltan a la vista, por cierto, puntos de coincidencia en la expresión. Explica Losada que "idem significat antiperístasis ac obsessio, vel circumobsessio contrarii", lo cual evidencia, si se compara con la definición que de ella da Feijoo, citada arriba, la familiaridad de éste con la filosofía escolástica, que enseñó durante años. En cuanto a la exactitud de las observaciones termométricas, concuerda el P. Losada con el P. Feijoo, pero no con su confianza; a la afirmación del *Teatro crítico* ("jamás miente el termómetro en el informe de los grados de frío y calor"), responde con una concesiva: "Quamvis enim thermometrum non fallat in indicando gradum frigoris aut caloris...", como si en aquel momento tuviera

(12) BAE, t. CXLII, págs. 464b-465a y b. Resulta relativa la modernidad del P. Losada; escribe Burriel: "El P. Losada, que está para imprimir compendio de su curso, dice que no le ha querido escribir con método geométrico porque esto no trae más utilidad que la de acomodarse a una moda, introducida por los que han hecho gala de desagradarse de todo lo antiguo. No sé si es del todo justa esta censura". Carta a Mayáns, 24-IX-1746, en Gregorio MAYÁNS Y SISCAR, *Epistolario. II-Mayáns y Burriel* (edición de Antonio Mestre), Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva-4, 1972, pág. 300. Por otra parte le tiene en mucho: "Es el oráculo de Salamanca, con mucha razón" (15-X-1746, *ibid.*, pág. 303).

(13) BAE, t. CXLII, pág. 465b.

(14) Luis de LOSSADA, *Cursus philosophici... tertia pars...*, "Tractatus de generatione et corruptione", disp. 3 ("De alteratione"), cap. 4 ("Variae quaestiunculae..."), §§ 92-94, "De intensione per antiperístasim", Salmanticae, 1735, págs. 101b-102b. Gracias a la biblioteca de la residencia Les Fontaines, en Chantilly, por haberme facilitado el acceso a este libro. Sobre Losada, véase Juan Luis CORTINA ICETA, *El siglo XVIII en la Pre-Ilustración salmantina. Vida y pensamientos de Luis de Losada (1681-1748)*, Madrid, CSIC, 1981. Sobre la antiperístasis, un resumen de su curso, págs. 632-633.

ante los ojos la página correspondiente de Feijoo. El P. Losada, en realidad, se atiene a la enseñanza de la Escuela y admite la intensificación de las cualidades accidentales de los cuerpos ("qualitatum intensio") por medio de la antiperístasis. Para limitar el alcance de las observaciones termométricas echa mano de suposiciones y desconfianzas tendentes a anularlas. El experimento de que tiene conocimiento se realizó en París, en una cueva bastante profunda ("in specu subterranea satis profunda"), manteniéndose todo el año en ella el termómetro en un mismo grado. No niega el hecho, pero supone que una peculiar disposición de la cueva pudo impedir la salida o el ingreso a las exhalaciones subterráneas internas y externas, resultando así abusivo aplicar a otras cuevas o bodegas la demostración de la inexistencia de la antiperístasis.

Ateniéndose a las explicaciones propuestas por el Eximio Doctor, Suárez, deduce Losada que los espacios subterráneos ("subterranea loca") se hacen más calurosos en invierno por efecto de las exhalaciones ígneas ("igneae exhalationes" —así viene designado el calor) detenidas debajo de la tierra por la obstrucción de los poros de ésta ("terrae meatus") y por el obstáculo que el aire exterior, más frío y más denso, opone a su ascensión, mientras que en verano, estando más dilatados dichos poros, u orificios, las exhalaciones calientes, o ígneas, al escaparse, ya no impiden que la forma substancial del agua, por ejemplo, tratándose de los pozos, le haga recobrar a ésta su temperatura naturalmente fresca. Desechando, pues, la intensificación de una cualidad (o propiedad) de un cuerpo por la mera y misteriosa proximidad de su contrario ("la antiperístasis propiamente tal", como dice Feijoo), mantiene una especie de mecanicismo pre-experimental que integra la teoría aristotélica clásica de las formas substanciales, la creencia de que los minerales encerrados en la tierra emiten calor y, por analogía con la circulación de los espíritus animales, o vitales, por el cuerpo humano y su evasión por los poros, la apertura o cerrazón de unos poros de la tierra, que impedirían la salida de las exhalaciones subterráneas, o la facilitarían.

En esta cuestión de la antiperístasis aparece pues Feijoo, aunque más viejo que Losada, más moderno que él, más desligado de la enseñanza escolástica y más confiado en los métodos científicos experimentales, como quien bien sabe que la medición exacta es la base del conocimiento científico. Mientras que Feijoo no deja el termómetro de la mano hasta que ha comprobado por sí mismo, en el pozo y bodegas de su monasterio, que es error creer en la antiperístasis, parece que no se le ocurre a Losada tomarlo en la mano, sí sólo escribir el nombre latino del instrumento en su curso.

Indicio de que la antiperístasis habría llegado a ser punto sensible y tema casi simbólico en el debate entre físicos experimentales y aristotélicos es su aparición en la polémica en torno a *Fray Gerundio de Campazas*, en 1758, el mismo año de la carta que estamos comentando. En el libro II de la

primera parte, capítulos V al VII, aparece el personaje del Beneficiado, clérigo ejemplar y estudioso, portavoz probable del P. Isla en la expresión de sus ideas en punto a filosofía (15). Al presentarlo como "de un porte eclesiástico serio y grave, pero al mismo tiempo de un genio jovial y festivo", lo define Isla, de entrada, como síntesis, o sincretismo, en sus posturas, de tradición y modernidad (16). Niega el beneficiado que los modernos, con sus sistemas de explicación de los fenómenos físicos, les lleven ventaja alguna a los aristotélicos, para quienes el fuego quema "porque tiene una virtud ustiva o quemativa" (17). Alaba luego al P. Losada, elogia su crítica de "todos los sistemas filosóficos que se llaman modernos" pero también aprueba que en su *Curso filosófico* se adopten "algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, a cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño" (18).

Las declaraciones del beneficiado, expresivas de la tendencia moderadamente renovadora predominante en la Compañía en España, provocaron la réplica del marqués de Peñafiorida, formado por los jesuitas, pero en Francia, y de sus amigos Joaquín María de Eguía, marqués de Narros y Manuel Ignacio de Altuna en las cinco cartas de sus *Aldeanos críticos*, fechadas en la primavera de 1758. Los aldeanos tachan de ignorante al beneficiado, en cuanto a física moderna, y cortésmente le deniegan al P. Losada la calidad de físico, considerándole mero teólogo (19). En la carta V, empiezan tratando del fuego, es decir de lo que más ampliamente llamaríamos calor y que aún se concebía como un fluido. Al rebatir los argumentos del beneficiado afirman la mayor utilidad de los intentos modernos de explicación de la naturaleza del "fuego" y de su difusión o transmisión. Como prueba de que las experiencias de los modernos son "útiles al bien común", se evocan las de Mariotte, hechas con termómetros, para demostrar la irrealidad de la antiperístasis, "aquella aprensión que conserva todavía la mayor parte de los españoles, de que los lugares subterráneos están más fríos el verano que el invierno" (20). Más abajo, son llamados "señores antiperistáticos" los defensores del aristotelismo pero el sentido simbólico conferido a la antiperístasis se ostentaba ya en la dedicatoria de *Los aldeanos críticos* al "señor Don Aristóteles de Estagira, príncipe de los Peripatos, margrave de Antiperístasis, duque de las Formas substanciales" y otros varios títulos burlescos.

(15) Llega Russell P. Sebold a afirmar que Isla "se incorpora a su novela bajo el disfraz del beneficiado". José Francisco de ISLA, *Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, t. II ("Clásicos Castellanos", 149), pág. 76 n.

(16) *Ibid.*

(17) *Ibid.*, pág. 79

(18) *Ibid.*, cap. VII, págs. 107-108.

(19) Véase el resumen que de este escrito da Jean SARRAILH, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, Klincksieck, 1954, págs. 433-440.

(20) BAE, t. XV, pág. 383b.

En el pasaje anteriormente citado, en que presentan la antiperístasis como prejuicio común entre los españoles, sugieren Peñaflorida y sus amigos que esa creencia fue parte integrante de la cultura y mentalidad de sus coetáneos —o por lo menos de sus coetáneos algo instruidos. Lo que dice de "los lugares subterráneos" podría extenderse desde luego al agua de los pozos y fuentes. Veremos ahora que no carecía de sugerencias poéticas. Al imaginar, en efecto, un lugar ameno, feliz, paradisíaco, ya contaba Gonzalo de Berceo, en el siglo XIII, que

manavan cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en invierno calientes (21).

Abramos ahora nuestro Garcilaso y leemos los primeros versos de la *Égloga II*^a.

"En medio del invierno está templada
el agua dulce de esta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada".

Explica Herrera en sus *Anotaciones* que, "porque están en el invierno tan juntos y apretados los poros de la tierra por el rigor del frío... las exhalaciones y vapores calientes, no hallando salida, quedan cerrados dentro de la tierra y vuelven caliente la agua", pero que "al contrario, abriéndose en el estío la porosidad de la tierra, dan paso a los vapores y exhalaciones" y así se entiende como, "fortificado el frío de las cavernas por el calor exterior, enfría las aguas de las fuentes y pozos" (22).

Nutrido de la física de la Escuela, difiere muy poco el comentario de Herrera de las explicaciones del P. Losada. El mismo Garcilaso, ¿acaso no quiso realzar el principio de su más amplia y ambiciosa égloga haciendo gala, no sólo de los sencillos encantos de su vocabulario poético sino también con una alusión al trasfondo científico al que remitía una observación en apariencia tan natural?

Al impugnar la antiperístasis, no procura "desterrar" Feijoo un error que sólo tenga "entre los literatos más que ordinario séquito", sino con una creencia, o "preocupación", fuertemente arraigada en la mentalidad precientífica y que tal vez alcanzaría también al "común del vulgo" (23). En contra de lo que aparentaba presagiar en el "Prólogo al Lector" del primer tomo del *Teatro crítico*, no le fue preciso esperar, para conseguir la aprobación del público, a que le pusiesen "la corona de laurel en el túmulo". Lo manifiestan el ambiente de la carta aquí publicada y la vigorosa impugnación de

(21) *Milagros de Nuestra Señora*, 3 cd.

(22) Antonio GALLEGO MORELL, *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, "Biblioteca Románica Hispánica", IV-Textos, 7, 2da ed. 1972, pág. 501.

(23) "Prólogo al Lector" de *T.c.u.*, I, en BAE, LVI, págs. 1-2.

la antiperístasis por el marqués de Peñaflorida en *Los aldeanos críticos* —treinta años, es verdad, después de la publicación del tomo II del *Teatro crítico*. Esta misma cuestión demuestra la modernidad de Feijoo con relación al mundo escolástico del que formó parte, pero deja ver, con la postura del P. Losada y probablemente también del P. Poyanos, las resistencias del aristotelismo, aun en el refugio de la vía de compromiso prudente representada por el *Cursus philosophicus*.

Siente uno la tentación de preguntarse si además de la dificultad en admitir, para la reflexión filosófica (en el amplio sentido que entonces tenía), bases que no fuesen puramente intelectuales, no obraría también, en ciertos ambientes sociales, alguna repugnancia ante la manipulación de instrumentos físicos, mirada como actividad mecánica. La verdad es que los textos aquí evocados no dan bastante de sí para esbozar una respuesta.

Université Lumière-Lyon-2

Nota final. Hace algunos años, habiéndome convidado amistosamente Joël Saignieux a su seminario, presenté ante sus estudiantes un comentario de esta carta de Feijoo al P. Abad que él me animó a publicar. Helo aquí por fin, para revivir los lazos que él y D. José Caso González procuraron establecer entre las dos universidades de Oviedo y Lyon-2.